



# Ritos de exclusión y mitos acerca de la contaminación y de la higiene

Diana Obregón

Profesora  
Departamento de Sociología  
Universidad Nacional de Colombia

**La tarea científica probablemente sea mucho más fructífera, si se hace conciente el lenguaje lleno de símbolos con el cual la cultura contemporánea se refiere a las enfermedades y si se comprende la importancia que tienen los aspectos culturales, tanto en el hecho de enfermar como en la manera de abordar conceptualmente la enfermedad**

**L**OS HISTORIADORES HAN registrado de manera elocuente el proceso por medio del cual la medicina se ha constituido en una técnica cada vez más racional y, desde el siglo XIX, en una técnica apoyada en los avances de las ciencias naturales. Pero también es posible una mirada que busque no tanto la progresiva configuración de la medicina como ciencia sino la permanencia de ciertos rituales que se heredan de otros ámbitos por caminos diversos. Efectivamente, la medicina tiene hoy la potestad de establecer obligaciones, permisiones y prohibiciones que en otra época y en otras culturas han sido monopolio de la religión.

Si se comparan nuestras ideas sobre la suciedad y las creencias acerca de la contaminación ritual primitiva, aquellas que establecen la separación entre "puro e "impuro", se encuentra que tanto unas como otras expresan sistemas simbólicos. (1) Las diferencias radicarían, primero, en que el acto de evitar la suciedad sería para nosotros cuestión de higiene o estética y no tendría nada que ver con la religión; y segundo, en que las ideas contemporáneas de contaminación estarían dominadas por el conocimiento de los organismos patógenos. Sin embargo, el examinar y poner en comparación textos de diversas épocas que tratan el problema, se encuentran rasgos sorprendentemente semejantes. Todo parece indicar que la diferencia entre la religión de las culturas primitivas y nuestra medicina no es tan grande como estamos acostumbrados a creer. A mostrar esto, se ha dirigido este trabajo.

El uso de prácticas encaminadas a evitar la contaminación y la propagación de enfermedades es, sin duda, tan viejo como el hombre. De acuerdo con el Levítico, era declarado "inmundo" todo aquel que presentara llaga de lepra, el hombre con flujo de semen y la mujer después de parir cuando tuviera flujo de sangre. El sacerdote tenía la función de reconocer a los posibles infractores y de establecer si la persona sería o no declarada "inmunda" para tomar las medidas del caso; éstas iban desde el encierro por siete días hasta la expulsión del campamento. Idéntica lógica se aplicaba a cualquier objeto en el que aparecieran manchas de color verdoso o rojizo; en caso extremo se quemaba tal objeto. Pero no bastaba la curación desde el punto de vista estrictamente físico; posteriormente, el sujeto debería limpiarse la culpa por medio de rituales en los cuales la sangre de las aves jugaba un papel purificador.

La segregación de los contaminados podría tener una función en el orden de lo que nosotros llamamos medicina. Estas interdicciones constituirían una forma de higiene primitiva y podrían interpretarse como normas racionales encaminadas a prevenir el contagio. Pero esto no explicaría porqué después de sanar era necesario expiar la culpa por medio de rituales de purificación y porqué las secreciones se consideraban indeseables. Estas normas tenían, más bien, un carácter simbólico y se comprenden mejor dentro del contexto de la religión. Como señala Douglas, la idea de suciedad no puede interpretarse en forma aislada; allí donde hay idea de suciedad hay un sistema de clasificaciones, hay un orden. Lo sucio es aquello que confunde o contradice ese juego de relaciones



ordenadas. Las secreciones forman parte del cuerpo, pero fuera de él se convierten en productos marginales, ambiguos y, por lo tanto, impuros.

**El examen de algunas palabras del lenguaje** de la medicina muestra la conexión existente entre las ideas de purificación de orden religioso y las de orden médico. En la Grecia Arcaica, se designaba con el nombre de "pharmakón" que significa "chivo expiatorio", a los "hombres destinados a purificar la ciudad de sus males cargándolos sobre sí. En una procesión solemne la multitud les expulsaba de la ciudad, a la vez que algunos hombres, especialmente designados para ello, les golpeaban con varas de higuera y les arrojaban erizos de mar. Especialmente significativos eran siete golpes sobre el miembro viril de cada "pharmakón" con el fin de evitar que el mal de que ellos estaban cargados pasase a su descendencia". (2) "Miasma" tenía el significado de una mancha física y moral que era necesario limpiar por medio de "katharsis" (ceremonias de purificación) o por medio de lustraciones. En el período de la medicina hipocrática, siglos V a III A. de C., la "katharsis" pasó a significar purgación de una materia pecante que tenía el enfermo y "miasma" se convirtió en "contaminación del aire cuando pasa a la sangre y la impurifica". (3) La medicina medieval recibió esta noción a través de la obra de Galeano y consideró que las epidemias se debían a los miasmas que eran vapores envenenados o emanaciones peligrosas que se desprendían de los cadáveres o de las sustancias en descomposición. Los galénicos debatían con quienes afirmaban, siguiendo a Jerónimo Fracastori (*De contagione et contagiosis morbis*, 1546), que las epidemias se debían a la acción de vehículos y generadores de infección ("fomites" y "seminaria prima"). (4) Ahora bien, la palabra griega "hygiéie", de donde viene higiene, quería decir el buen orden de la "physis", tanto en lo individual como en su realización social o política. (5)



Este grabado de 1540 ilustra el reconocimiento de un enfermo leproso. Foto Edistudio.

**Pasando a un contexto histórico y cultural diferente**, encontramos que la higiene se impone en el mundo moderno a finales del siglo XIX cuando los "miasmas" son derrotados por "virus" y "bacterias". La higiene se definía (6) como el arte de vivir en plena salud, evitar la enfermedad y dar al cuerpo y al espíritu el máximo de desarrollo normal. Se presentaba como una "ciencia exacta" porque formulaba conclusiones positivas y una "ciencia social" porque al establecer las leyes de la profilaxis mostraba sus repercusiones sociales. Las amenazas más grandes eran el cólera, la peste y la fiebre amarilla. En Colombia, el fantasma más temido era la lepra. La higiene estaba ligada a la fe en el progreso científico y a la confianza en un orden social bien cimentado. La limpieza personal y colectiva se convirtió en la base de la profilaxis al destruir hongos, microbios e insectos, base de todas las enfermedades.

**Estas medidas influían no solamente sobre la salud sino también sobre la moral.** El empleo del tiempo de los niños en las escuelas se convirtió en principal preocupación para evitar el onanismo y prevenir las enfermedades venéreas. Igualmente se empezó a regular el ocio de la clase obrera y el médico del siglo XX se tornó en una especie de vigilante de las buenas costumbres cuya tarea incluía establecer la alimentación correcta, señalar la organización acertada de las viviendas y de los lugares públicos, indicar los vestidos y los comportamientos adecuados. La noción de higiene, que se cree ligada exclusivamente al conocimiento de los agentes patógenos, es muy anterior a éste y se encuentra estrechamente relacionada con la idea de mantenimiento del orden social. Como dice Douglas "los ritos actúan sobre el cuerpo político mediante el instrumento simbólico del cuerpo físico". Se trataba de controlar a través de la práctica de la higiene, por medio de un desplazamiento del discurso de la moral desde el campo de la religión al de la ciencia. El tema de la salud sustituyó al de la salvación; estar sano era sinónimo de éxito en la vida y la limpieza devino la virtud más importante. La lucha contra las enfermedades era una guerra heroica donde se arrebataban banderas al "enemigo" que no era otro que los microbios. Los médicos e investigadores se transformaron en los nuevos héroes y la ciencia pasó a ser un arma en esta lucha despiadada.

**El optimismo que caracterizó a la práctica médica de este período** provino, en buena parte, de la convicción de que finalmente se había logrado identificar con todo rigor la causa de las enfermedades. El desarrollo de la microbiología, al identificar los microorganismos causantes de las infecciones, proporcionó la imagen contemporánea de la enfermedad: el proceso morboso es el resultado de agentes patógenos externos que se introducen en el organismo. Desde entonces vivimos en el mundo de los virus y de las bacterias como los hombres medievales vivían en el mundo de los demonios. Así, al aislar los agentes patógenos, producir vacunas y cumplir rigurosamente con los rituales de la higiene, los demonios habrían sido conjurados y el sueño de la derrota definitiva de la enfermedad se habría cumplido.



Sin embargo, hay enorme paradojas en todo esto. No es extraño que desde entonces se impusiera la metáfora de la guerra para referirse a la investigación en el campo de la microbiología. Las vidas humanas se valoraban como "capital" para la industria y soldados para los campos de batalla; guerra y economía eran dos formas de lo mismo: se procuraba obtener individuos sanos para enviarlos a la muerte. Además, hoy a medida que se avanza en la determinación del "enemigo" que causa la enfermedad, parece que éste se hace más abstracto, más difícil de identificar. La enfermedad como entidad nosológica pierde cada vez más su unidad: no hay un sólo cáncer sino muchos y la epidemia de nuestros días, el Sida, no es una enfermedad propiamente sino la ocasión de infecciones oportunistas que afectan al organismo por su carencia total de defensas. Otra paradoja consiste en que la limpieza ha sido derrotada. La prevención de enfermedades ya no tiene nada que ver con abstenerse sistemáticamente del contacto con los gérmenes patógenos; los virus forman parte integrante de la vida y los llamados retrovirus tienen, según parece, una gran capacidad de mutación.

Si comparamos lo que hoy se dice acerca del Sida y lo que relata Daniel Defoe en el "Diario del año de la peste", escrito en 1722, donde narra los sucesos de la epidemia ocurrida en Londres en 1665, nos encontramos con sorprendentes semejanzas. A la enfermedad se le atribuía un origen divino, anunciando por un cometa que había pasado por la ciudad poco tiempo antes de la epidemia. Los astrólogos la explicaban como resultado de determinadas conjunciones de los planetas. Las gentes aterrorizadas acudían en masa a los adivinos y hacedores de horóscopos para saber su suerte y a curanderos y charlatanes que anunciaban curas fantásticas y milagrosas. Pero estas prácticas, y aún las de los médicos, eran inútiles porque, se creía, la epidemia había sido enviada por Dios para castigar los pecados de los hombres. La gente "veía", en el cielo ángeles vestidos de blanco con espadas de fuego en la mano dirigidas hacia sus cabezas. Circulaban dramáticas historias acerca de los asesinos que comían las asistencias de los enfermos, asfixiándolos o dejándolos morir de hambre. A veces se or-

denaba el cierre de una vivienda donde había un solo apestado, no dejando salir a los demás de tal manera que todos morían, cuando algunos habrían podido salvarse. Muchas personas con apariencia de estar sanas, llevaban el "sutil veneno" en la sangre y, sin saberlo, contaminaban a otros, especialmente a sus seres más queridos. También se decía que si algún enfermo echaba el aliento en un trozo de vidrio, el aliento se condensaba y podían verse, con una lente, seres vivos de formas horribles como dragones, serpientes y diablos. Las medidas más frecuentes eran la segregación de los enfermos por me-

época. Se ha dicho que la enfermedad fue inicialmente una infección retroviral de los micos verdes del África y la difusión del virus, después de un proceso de mutaciones, se explicaría por "la considerable mezcla poblacional ligada a la guerra civil zaireña y al aumento considerable de los viajes y de la promiscuidad sexual".(7) Del África, el virus habría pasado a Haití y de allí a Europa y Estados Unidos. La cultura occidental siempre ha creído que todas las epidemias le vienen de fuera: acerca de la peste se afirmaba, a comienzos de siglo, que la enfermedad nunca había desaparecido realmente sino



Lienzo de Poussin, titulado La Peste de Asdod, que se conserva en el Louvre de París. Foto archivo Ornoz.

dio de cuarentenas estrictas, la desinfección a través del fuego, el cierre de tabernas consideradas como focos de infección y la expulsión de minorías raciales que, se presumía, eran causantes de la epidemia. Con frecuencia la culpa recaía sobre los judíos. En las casas cerradas se colocaba una cruz roja de gran tamaño para que fuera visible y un letrero: "Señor, ten piedad de nosotros".

Ahora bien, en las imágenes que se han difundido sobre el Sida, están presentes las contradicciones del mundo contemporáneo, así como en las epidemias de la Edad Media se mostraban todos los conflictos de la

que se había retirado a sus lugares de origen, esto es, las altas mesetas del Himalaya, Turkestán, Corea, el Lago Baikal, Uganda. El racismo es evidente y los conflictos políticos están aquí presentes. El mal proviene del mundo no blanco y mientras allí permanece, no hay problema. Algunas medidas que sugieren la segregación racial comienzan a tomarse: exigencia de certificado de seronegatividad para visitantes de ciertos países y propuestas para crear cordones sanitarios en torno a otros.

Asimismo, el Sida es una enfermedad marcada con el estigma de la marginalidad: aparece asociado a



la drogadicción, al homosexualismo y a la prostitución y ha provocado una paranoia sólo comparable a aquella de las epidemias medievales. Si nos atenemos a la prensa, la amenaza se cierne sobre todos como las espadas de fuego de los ángeles apuntaban directamente a las cabezas de los londinenses en 1665. Un accidente podría ocurrir en cualquier momento: el poder contaminante de la sangre que contiene el virus es total. Se habla de enfermeras que han contraído la enfermedad por accidente y de personas que, sabiéndose portadores del virus, deliberadamente, han decidido contaminar a una gran cantidad de gente.

Un nuevo temor se suma a nuestros miedos seculares. No hay mucha diferencia entre el rostro aterrorizado de aquel hombre con la cabeza totalmente pedrada a causa de haber estado expuesto a la radiación nuclear por el accidente de Chernobyl, cuya fotografía dio la vuelta al mundo, y la imagen de pesadilla del cuerpo de los enfermos de Sida que muestran, con fines de escarmiento, la televisión. La metáfora de la epidemia y la guerra continúa presente. En el texto de higiene ya citado, se decía que después de una epidemia sobreviven los mejores, pero después de una guerra quedan sólo los enclenques. A la época de la guerra nuclear no podría corresponder sino una enfermedad tan devastadora como ésta.

Susan Sontang, (8) en un admirable ensayo, compara las metáforas con las cuales el siglo XIX elaboró la tuberculosis y las figuras que en nuestro tiempo se han construido sobre el cáncer. Mientras que la primera se juzgaba una enfermedad romántica, ligada a la tristeza como un estado de ánimo característico de ciertos círculos poéticos, la segunda se supone una enfermedad vinculada a la neurosis y a la represión sexual y emocional de todo tipo. El cáncer produce vergüenza, se tiene por obscuro y se oculta con pudor. La tuberculosis, en cambio, se asociaba a la sensibilidad del espíritu y además se suponía atractiva desde el punto de vista sexual. Pero si el cáncer se cree relacionado con la represión, el Sida, por el contrario, se considera producto del desenfreno: se presenta como un castigo cósmico en donde el blanco de la condena ha vuelto a ser el cuerpo. La culpa asociada a la enfermedad es una idea que no ha desaparecido aún de la cultura occidental. El discurso implícito es el siguiente: quienes padecen el síndrome son sólo aquellos que han cometido alguna infracción voluntaria o involuntaria. La condena no proviene de Dios, la "naturaleza" basta para estos fines. La sociedad no tiene que intervenir tampoco para castigar la transgresión de las normas ni tiene que torturar como a los condenados medievales; se limita a exponer los cuerpos de los enfermos, ocultando sus rostros, tal como se exponían al escarnio público los cuerpos de los condenados por herejía. Los rituales de exclusión han sido hasta ahora la medida más efectiva. Además, una nueva analogía aparece: el Sida y la Demencia. Si la lo-

cura es la destrucción del alma, y la del cuerpo viene como corolario con la muerte; el Sida es la aniquilación del cuerpo, y la demencia, su consecuencia inmediata. Como dice Sontang, "la enfermedad es el lado nocturno de la vida" y no es fácil para una cultura edificada sobre lo "diurno", como la nuestra, incorporar y aceptar la idea de enfermedad sino como parte negativa, casi obscena.

Sin embargo, el mundo contemporáneo no es solamente guerra ni demencia. Es también, y ante todo, ciencia. De manera que, a propósito de esta enfermedad, se asiste a una verdadera guerra entre el grupo que dirige Robert Gallo en los Estados Unidos y el de Luc Montagnier en el Institut Pasteur. Las comunidades científicas norteamericanas y francesas se disputan no solamente la primacía del descubrimiento del retrovirus sino los méritos de ciertos hallazgos de las etapas posteriores. El asunto tiene no poca importancia, si se tiene en cuenta que lo que está en juego es un posible premio nobel y las ganancias resultantes de la venta de los productos elaborados por los investigadores, como el test de detección de virus y futuras vacunas que podrían reportar ganancias de quinientos millones de francos anuales sólo para el mercado americano(9).

Ahora bien, si hemos de confiar en la ciencia, que parece ser la única alternativa, sólo queda esperar que de esta árdua competencia surja el resultado que libere a la humanidad del nuevo drama. Pero la tarea científica probablemente sea mucho más fructífera, si se hace conciente el lenguaje lleno de símbolos con el cual la cultura contemporánea se refiere a las enfermedades y si se comprende la importancia que tienen los aspectos culturales tanto en el hecho de enfermar como en la manera de abordar conceptualmente la enfermedad. ●



1. Mary Douglas, *Pureza y peligro: un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*. Madrid, Siglo XXI) 1973, pp.47-59
2. Pedro Laín Entralgo, *La medicina hipocrática*. (Madrid, Alianza Universidad) 1982, pp. 334-335.
3. Laín Entralgo, *Op. cit.*, p. 191.
4. R. Romano y A. Tenenti, *los fundamentos del mundo moderno*. (México, Siglo XXI, 9a., ed.) p. 159.
5. Laín Entralgo, *Op. cit.* p. 186.
6. Julien Courmont et al., *précis d'hygiène*. (Paris, Masson et Cie. éditeurs) 1914, pp. 1-17.
7. Luc Montagnier et al., "El Sida y su virus", en: *Mundo Científico*. (No. 50, 1985) p. 869.
8. *La enfermedad y sus metáforas*. (Barcelona, Muchnik editores) 1980, pp. 9-27
9. "Sida: Robert Gallo s'explique" (Entretien) en: *La Recherche*. (No. 180, 1986) p. 1099.